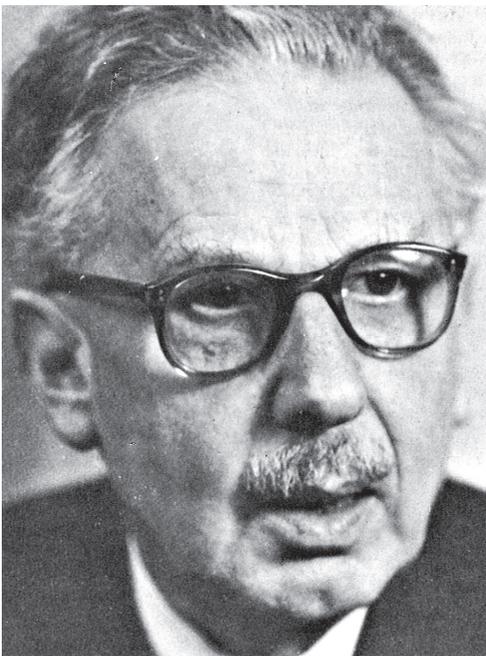




el rescate y la memoria

Ludwing Binswanger. La locura como fenómeno biográfico en la totalidad de la existencia

Norberto Aldo Conti



Ludwing Binswanger nació en Kreuzlingen, Thurgau, Suiza, el 13 de abril de 1881, en una familia de varias generaciones de médicos, estudió medicina en Lausanne, Heidelberg y Zurich, donde se recibió con un trabajo dirigido por C.G. Jung. Ingresó como psiquiatra interno en el sanatorio Bulgolzli, bajo la dirección de Eugen Bleuler, pasó después a desempeñarse como residente en la Clínica Universitaria para Enfermedades Nerviosas de Jena, bajo la dirección de su tío Otto Binswanger. En 1911 sucedió a su padre en la Dirección Médica del Sanatorio Bellevue de Kreuzlingen, la cual ejerció hasta 1956, aunque siguió colaborando activamente hasta poco antes de su muerte el 5 de febrero de 1966.

Binswanger vivió, durante el período de entre guerras, la experiencia de participar en el surgimiento de los dos grandes modelos críticos del naturalismo psiquiátrico consolidado a principios del siglo XX. Por un lado cultivó una larga amistad con Sigmund Freud a quien conoció, de la mano de Jung, en 1907, participando del grupo inicial psicoanalítico. En 1912 ante la inminen-

te operación de un tumor maligno Binswanger recibió una angustiada carta de Freud que consolidó su amistad y, finalmente, en 1938 envió la propuesta a Freud de visitar Suiza con la idea de alejarlo de los nazis pero que Freud declinó. Años después Binswanger publicó un libro con sus recuerdos de esa amistad: *Sigmund Freud: Reminiscences of a Friendship*, Grune & Stratton, 1958. Por otro lado, para la misma época, y por el resto de su vida, toma contacto con los desarrollos de las corrientes de filosofía fenomenológica y existencial que estarán a la base de sus desarrollos psicopatológicos. La obra de Husserl, en particular sus *Lecciones sobre la conciencia del tiempo inmanente le permitirá pensar la estructura existencial de la manía y la melancolía como alteraciones originarias del tiempo trascendental. También a partir de este autor caracterizará a la esquizofrenia como la ruptura de la consistencia de la experiencia del mundo o sea la imposibilidad de mantener la creencia habitual de la experiencia compartida. De Heidegger tomará los elementos para desarrollar el análisis existencial que constituye su propuesta de abordaje e interpretación en psicopatología . Acerca del mismo nos dice en un artículo de 1946:*

“Entendemos por análisis existencial un sistema antropológico de investigación científica que apunta a la esencia del ser humano. Su nombre y su base filosófica derivan del Análisis del ser de Heidegger. Es un mérito suyo el haber descubierto una estructura fundamental de la existencia y el haberla descrito en sus partes esenciales, es decir, en su estructura de ser-en-el-mundo ... el descubrimiento ... de esta condición esencial suministró al análisis existencial su estímulo decisivo, su base y ... sus directrices metodológicas ... en este sentido el análisis existencial es una ciencia empírica, con su método propio y su ideal particular sobre la exactitud propio de las ciencias empíricas fenomenológicas.”

Encontramos en Binswanger la búsqueda de fenómenos originarios (temas) que den cuenta y ordenen a los síntomas yuxtapuestos de la clínica naturalista, pensando a los fenómenos psicopatológicos solo desde la totalidad de la vida humana.

*En este contexto de su pensamiento presentamos hoy a nuestros lectores un fragmento de la patobiografía de “El caso Ilse”, publicado por primera vez en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, vol. 110, pp. 129-160, 1945. ■*

La locura como fenómeno biográfico¹

Ludwing Binswanger

Nuestra paciente es una mujer inteligente, de treinta y nueve años. Casada felizmente, pero no del todo satisfecha en su matrimonio; protestante, piadosa, madre de tres hijos, hija de un padre sumamente egoísta, duro y tiránico, y de una madre “angelical”, cordialmente amable, propensa a pasar inadvertida, que se dejó tratar por su marido como una esclava y que sólo vivía para él.

Desde niña, Ilse sufrió mucho ante esta situación, sintiéndose impotente para cambiar las cosas. Durante tres años mostró síntomas de sobretensión y nerviosidad. Presenciando una representación de *Hamlet* se le ocurrió la idea de recurrir a algún acto decisivo para inducir a su padre a que tratase a su madre con más consideración. Durante su estancia como pensionista en el colegio, la niña precoz había desarrollado un amor casi extático hacia su padre, y creía tener gran influencia sobre él. La resolución de Ilse de ejecutar su plan se vio reforzada por aquella escena en que Hamlet planea asesinar al rey mientras está en oración, pero se retrae de hacerlo. Si en ese preciso momento no hubiera desaprovechado Hamlet la ocasión, se habría podido salvar, pensó Ilse. Confesó a su marido que estaba proyectando algo insólito y que solo esperaba el momento oportuno. Cuatro meses después de la representación de Hamlet, al solicitar su madre la ayudase contra su padre, dijo a su marido que quería “demostrar a su padre de lo que es capaz el amor”. Si él le prohibía hacerlo, la haría desgraciada para el resto de su vida; ella necesitaba “terminar con esto”.

Un día en que su padre volvió a reprocharla, le dijo su hija que sabía la manera de salvarle, y allí, a la vista de su padre, puso su mano hasta el antebrazo en la estufa ardiente y luego extendió sus manos hacia su padre con estas palabras: “Mira, esto es para mostrarte lo muchísimo que te quiero”.

Durante el acto no sintió el dolor, aunque sufrió graves quemaduras de tercer grado, con la consiguiente su-

puración. En las cuatro semanas que duró el tratamiento demostró una energía indomable y mucho aguante. Inmediatamente después de su proeza pareció poseída de un estado de espíritu exaltado y heroico, dirigiéndose a la gente allí presente, que se había quedado petrificada. Durante algunas semanas su padre cambió de conducta para con su madre, pero pronto surgieron nuevos conflictos, con la consiguiente desolación de Ilse. Y, con todo, su marido la encontró en los meses siguientes más vigorosa, ágil, enérgica y activa que nunca. Ahora, dijo, ya no tenía otras obligaciones y podía consagrarse íntegramente a su marido y a sus hijos. Cuando ese mismo año murió su cuarto hijo, se sobrepuso valerosamente a su pena, pero creyó firmemente que esa pérdida había sido una expiación por su amor hacia el doctor que trató a la criatura.

Ocho meses después de su acto se encontraba más ocupada y eufórica que nunca, y se cargó con demasiado trabajo intelectual y físico. Leía a Freud, asistía a una clase de gimnasia Dalcroze, la nombraron secretaria de la “Society for the Improvement of Women’s Dress”, pero sintió que las fuerzas le iban fallando, especialmente antes y después de los períodos. Un día, trece o catorce meses después de la quemadura, preguntó al médico de familia si creía él que ella podría contraer una enfermedad mental. Pasados otros tres meses decidió tomarse unas vacaciones. tenía la impresión de “jugárselo todo a una carta”. Refirió que la torturaban pensamientos que ella estimaba rayanos con la locura.

Durante su estancia en el establecimiento de salud y descanso se creía “convertida en centro de la atención” y se figuraba que en las lecturas en común las señoras elegían los asientos con la intención de observarla. Al leer la novela de Gottfried Keller *Der Landvogt von Greifensee*, encontró muchas alusiones a sí y a su familia ... Creía ella que algunas líneas que solo aparecían en el original

¹ Fragmento de “La Locura como fenómeno biográfico y como enfermedad mental: El caso de Ilse”, publicado en *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie*, vol. 110, pp. 129-160, 1945.

una sola vez se las leía varias veces. “¡Una y mil veces esas escenas de saludos con los caballeros! ¡Todo tan divertido! Cada vez que salía a relucir el tema del exceso en el vestir, las señoras reían de una forma tan impropia, como nunca lo hacen en ninguna otra circunstancia. ¡Qué idiotas! ¡Bien! Querían probarme y ver cómo reaccionaba.” ... De pronto se puso de pie de un salto gritó: “¿Creéis que no me doy cuenta de que os estáis burlando de mí? Me importa un comino; haced lo que os dé la gana”. Con esto hubo que interrumpir la lectura.

Después de trasladarse a nuestro establecimiento proliferaron aún más sus manías alusivas junto la aparición de manías eróticas. Estas últimas se manifestaron no solo en su creencia de que era amada y puesta a prueba por los doctores, sino también en su amor compulsivo hacia ellos. “No puedo comer o beber más hasta calmar el hambre y la sed de mi alma. Por favor, dame el alimento que necesito, como tú sabes tan bien como yo.” Ilse se imaginaba que los médicos estimulaban todos sus impulsos para hacer que se purificase de ellos, sus impulsos hacia la verdad y el amor. Esto representaba para ella su tratamiento, que ella encontraba durísimo. Pronto acabó por considerarlo pura tortura.

Al ver en su habitación un cuadro representando un paisaje invernal, sacó la conclusión de que tenían el propósito de convertirla en un témpano. En otra ocasión tuvo la impresión de que sus dedos, manos y antebrazos eran de arcilla húmeda, como si estuvieran hinchados y no perteneciesen en absoluto a su cuerpo.

Cuando le preguntaban sobre su quemadura, explicaba: “Yo quería demostrar a mi padre que el amor es algo que se supera a sí mismo, no con palabras sino con hechos. Esto le produciría el efecto de un rayo, de una revelación, y cortarían en seco su vida egoísta. Al principio se me ocurrió la idea por amor a mi madre, pero luego pensé que lo propio sería hacerlo por amor a mi padre. Yo le compadecía, y desde entonces sentí todavía más amor y comprensión con él. Supongo que debo amar a los hombres tanto porque quería tantísimo a mi padre.”

Ilse pasó por varios estados de excitación con tendencias suicidas, confusión de personas y muchas ideas referenciales, pero sin incurrir nunca en alucinación real. A los trece meses de tratamiento en la institución, Ilse pudo regresar a su casa completamente curada de su aguda psicosis.

El tema sobre el que gira esta biografía es el *padre*. Al mismo tiempo se aprecia el esfuerzo por dominar el tema. Se advierte una aguda disonancia entre su amor extático (una veneración casi idolátrica por su padre) y la vigorosa reacción contra su tiranía, ante todo contra la forma en que tiraniza a su madre. La disonancia en este tema expresa una herida abierta en la vida que nunca cicatriza; solo podría resolverse por un cambio en la mentalidad y conducta del padre, por divorcio de los cónyuges o por eliminación de su progenitor. todos estos caminos se veían cerrados por obstáculos insuperables externos e internos. Así la vida se convierte en

sufrimiento por la disonancia de su tema principal, en continua tortura y desesperante impotencia. Lo que desde el punto de vista del mundo aparece como impotencia en el mundo del ego se traduce en irresolución, en indecisión, en un encogerse ante la perspectiva de tomar una determinación. Esta era la situación de Hamlet. Ilse se ve en él y en su fatalidad como en un espejo. La decisión que no puede tomar con respecto a sí misma, por lo menos puede tomarla con respecto a Hamlet. Ella cree que Hamlet debía haber matado al rey en oración sin importarle esta circunstancia y así se hubiera salvado. Sólo esa decisión de actuar le hubiera salvado de la locura. Ahora empieza rodar la bola de nieve. En su propia situación queda excluida la posibilidad de eliminar al tirano. La idea del parricidio no puede germinar, y si germinase, su amor por su padre impediría la ejecución. En cuanto al divorcio, no hay cosa más alejada del pensamiento de los cónyuges. Solo le queda intentar convencer a su padre a que cambie de actitud y conducta para con su madre. Aquí se ofrece el tema llamado *sacrificio*. Éste proporciona a Ilse la oportunidad de demostrar su amor a su padre y de ejercer sobre él la impresión deseada. El *sacrificio del amor* está destinado a vencer la brutal tiranía de su padre. Por ese sacrificio de amor Ilse carga sobre sí el peso de la brutalidad. Ella se somete a sufrir un dolor brutal para que su madre no vuelva a sufrir. En todo este proceso se ahorra el dolor al mismo padre.

A la larga falla el pretendido efecto del sacrificio; éste ha sido en vano. La llaga vital se abre de nuevo, más profunda y dolorosa que nunca. El sacrificio seguía siendo una decisión de libre elección, una decisión del yo para lograr la reconciliación de las fuerzas discordantes; pero ahora el yo está dispensado de toda decisión, y sucumbe bajo la pesada carga de proseguir el *leit motiv* de su historia. Pero esa tarea vital impuesta por el tema como tal sigue en pie exigiendo una solución. Esta solución, que tiende a eliminar al yo, sigue esta trayectoria según la idea de Ilse: Tú tienes que amar tanto a los hombres porque amas tantísimo a tu padre (manías eróticas). Esto puede complementarse con esta otra observación: tú tienes que atraer la atención y el interés de todo el mundo, porque tú quisiste impresionar a tu padre; tú tienes que reaccionar a todo lo que hagan los otros, porque tú quisiste conocer como reaccionaba tu padre contigo; en una palabra, tú tienes que ocupar el *centro de la atención* de todo el mundo (manías referenciales). La falta de visión del sentido de ese “tienes que” amar y atraer la atención es lo que llamamos locura. Su curación consiste en aventar ese “tienes que” y restablecer el imperio del yo.

En nuestro caso el restablecimiento fue duradero. Ilse continuó perfectamente sana hasta su muerte, ocurrida a la edad de setenta y tres años.

Ilse fue capaz de orientar el tema “salvación” y “purificación” por cauces sanos, es decir, por su consagración a obras sociales. Asesorada y aconsejada por expertos durante cierto período de tiempo, practicó con éxito una asesoría psicológica y en alguna ocasión fue también jefe de un grupo psicológico de un taller. ■